

cabe duda de que *La Revuelta*, de Fernando Curiel, es desde ya una de ellas.

Facultad de Filosofía y Letras, 25 de febrero de 1999.

FRANÇOIS PERUS

*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.*

Elena Poniatowska. *Octavio Paz. Las palabras del árbol*. México: Plaza & Janés, 1998.

—¿Cómo te gustaría morir? —Desde luego que sin olor a santidad (105). Esa fue la respuesta que dio Paz a una de las tantas preguntas que le hiciera Poniatowska durante su continuo trato. En *Las palabras del árbol*, no sólo se rescata la voz del poeta, sino se transmuta la vida del mismo. Elena traduce lo que para ella significó una de las mayores presencias de las letras mexicanas del siglo xx, y para ello, hace uso de su particular punto de vista. Así, empieza con el impacto que le produjo *Libertad bajo palabra*, y en particular “Cuerpo a la vista”, en donde ciertas metáforas (como la siguiente: “bo-ca-del-hor-no-don-de-se-hacen-las-hos-tias...” (11) en la que se refiere al órgano sexual femenino), escocían el ánimo de Elena.

Poniatowska recurre a la segunda persona para narrarnos aquellos momentos que compartió con Octavio Paz. Además de crear un tono de intimidad, este tipo de narración busca un efecto de veracidad, pues pone al propio poeta como testigo de las escenas que recrea mediante su palabra. Estamos ante la construcción de un testimonio de una de las figuras más polémicas de la cultura mexicana hecho invariablemente a través del cuestionamiento: “¿Te acuerdas, Octavio?” (11). La respuesta nunca la sabremos, pero el juego retórico comienza.

Aunque la obra implique un diálogo con esas invocaciones a Paz, en realidad, no hay coloquio alguno. Sencillamente se abre paso al relato de una sola voz. Poniatowska se deja llevar por el flujo de las emociones y crea la narración sentimental del amigo extraviado, que para muchos sería la primera etapa de un conocimiento personal. De ahí que la autora parta de las remembranzas de esa juventud en la que el poeta ofrecía su auxilio a la iniciada. Se descubre, entonces, uno de los propó-

sitos de *Las palabras del árbol*: el de restaurar un vínculo lejano. A medida que pasan las páginas, se consolida esa imagen de la figura pública reconstruida por una amiga.

Abordar la vida de un personaje tan complejo como lo fue Octavio Paz implica el riesgo de no salir bien librado. Tal es el peligro al que se enfrenta la autora de *Las palabras del árbol*, porque en momentos se debilita el trazo del protagonista ante el contrapeso de la narradora. De manera que se evita profundizar en la psicología de Paz, su personalidad es mostrada como una mera consecuencia de sus actos. No existe el propósito de argumentar una línea de interpretación de la vida del escritor. El perfil de Paz que elabora Poniatowska no alcanza a comprender su trayectoria; la estrategia se limita a repetir algunas anécdotas del autor sin que se persiga una estrategia determinada. Así, la complejidad del personaje se nos pierde. Poniatowska tiene que hacer uso de la plegaria para traernos al protagonista: "Paz y tú, Paz y yo, Paz te juro que yo no fui. Paz te pido, Paz te doy, descanso en Paz y me voy en Paz" (49).

Presenciamos, pues, cómo, a través del juego de palabras, se pierde al primer Paz. Con la hechicería del lenguaje se convoca al espíritu del poeta para entablar un contacto. Tal vez, sea éste uno de los méritos del libro. El estilo, característico de Poniatowska, da constancia de su forma de trabajar en concordancia con la enorme pasión que provocó la vitalidad de Octavio Paz en tantos y tantos círculos de la cultura mexicana.

Otra de las características del libro de Elena Poniatowska es la ausencia de un aparato crítico, indispensable para cualquier reconstrucción histórica. De modo que se borran todas las pistas de las fuentes que utiliza para su recomposición de la vida de Paz. Si bien se entiende que se busca la fluidez del relato, no creo que el hecho de citar las referencias a las que se hace mención represente un obstáculo para alcanzar una continuidad narrativa. Aunque la autora tenga en mente un lector ideal que no echa de menos este tipo de asuntos, creo que sería pertinente consignar las fuentes. El registro bibliográfico siempre es útil si se pretende ampliar la indagación del asunto que nos ocupa.

Dicho ocultamiento refuerza la idea de que la autora tiene la intención de crear un halo mágico en su obra. En determinado punto de *Las palabras del árbol* el lector se aturde con tantas minucias coyunturales, entonces ¿por qué no poner una indicación al pie de la página? En cierto momento sería deseable no interrumpir las conversaciones que sostuvo Poniatowska con Paz, ya que las acotaciones a dichas entrevistas suelen distraer el objetivo de acercarse a la visión el mundo que tenía el poeta mexicano.

Un recurso más con el cual se arma el libro de Poniatowska es la correspondencia. Desafortunadamente con las cartas ocurre lo mismo que con las entrevistas, la pasión de la narradora la hace incurrir en comentarios que alejan al lector de una apreciación de la figura protagónica de *Las palabras del árbol*. Como ya he comentado antes, quizá en esta falta de academicismo radique la verdadera riqueza de la versión de Poniatowska sobre la vida de Octavio Paz. Tal vez, lo esencial sería ese encuentro buscado de dos almas en el contexto de la literatura mexicana del presente siglo. El empeño por parte de Elena Poniatowska de reactivar la memoria la hace crear diálogos como el siguiente:

—Ya no eres un becerrito, ya eres vaca sagrada— te felicité con mi voz de chiflido.

—Elena, dices tonterías.

—No te vayas a poner a mugir ahora que ya entraste al arca— te aconsejé sabiamente. (90)

Esta escena vivida en El Colegio Nacional, el 1 de agosto de 1967, es una muestra de la gala de humor con la que la narradora cuenta el afecto y los momentos felices que compartió con el poeta. La risa, sin duda, logra su cometido: quitar el olor de santidad que circunda los actos consagradorios de las figuras de las letras. Es así como está a nuestro alcance la confesión de una ferviente admiradora que desea a toda costa captar esa esencia de un poeta universal.

HORACIO MOLANO NUCAMENDI

*Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM*

Leonardo Martínez Carrizales. *La lección del maestro y otros ensayos*. Toluca: Instituto de Cultura Mexiquense, 1997 (Cuadernos de Malinalco, 32).

Para nadie es desconocido que dentro del medio literario mexicano el género ensayístico es el que, desafortunadamente, se cultiva con menos entusiasmo. Se sabe, asimismo, que dicha circunstancia lo convierte, junto con la poesía, en las publicaciones menos solicitadas por el público consumidor de libros (que para completar la tercia, es de por sí reducido).

Por todo lo anterior, parece una absoluta temeridad tener el arrojo de editar un libro que de suyo tiene la desventaja de estar dirigido a un círculo restringido de lectores. Sólo que se trate de una empresa editora